

La enfermedad del tiempo

MIGUEL ESCUDERO*

Todo término puede ser tan equívoco *como alguien decida que sea*, ¡qué le vamos a hacer! Por eso, ante las pretensiones de los ‘arbitrarios’, tenemos que contar con la *verdadera* percepción de cada fenómeno. George Orwell escribió en 1945, al final de la II Guerra Mundial, unas notas sobre el ‘nacionalismo’, una ideología con formas diversas pero *inseparable del deseo por el poder*. Esa particular instalación se apoya en la *costumbre* —decía— de considerar que los seres humanos pueden clasificarse al igual que los insectos, y, de este modo, permitir que grupos enteros de personas sean etiquetados de *buenos o malos*. Bajo estos falsos sentimientos ciertamente no hay *límite para cualquier locura*. No se trata de ‘criminalizar’, como algunos aludidos gustan de repetir para la galería, sino de localizar y diagnosticar el partidismo. Así señala el autor de *Nineteen Eighty-Four* (1984) que “no hay ningún crimen, absolutamente ninguno, que no pueda ser disculpado cuando lo comete ‘nuestro’ lado. Aun cuando uno no niegue que el crimen haya ocurrido, aun cuando uno sepa que es exactamente el mismo crimen que uno ha condenado en algún otro caso, aun

cuando uno reconozca en un sentido intelectual que es injustificado, todavía puede que uno no sienta que está mal. *La lealtad anda implicada, y así la piedad deja de funcionar*”.

Orwell incluía en el término ‘nacionalista’ “tendencias como comunismo, catolicismo político, sionismo, antisemitismo, trotskismo y pacifismo” (una lista incompleta que hay que ver como espontánea y aproximativa, en la que faltarían consecuentemente el anticomunismo, el anticatolicismo político..., aunque bien se podrían sobrentender). Para él tales ‘ismos’ tenían en común su *indiferencia ante la realidad* y la verdad objetiva, así como un carácter obsesivo de creer que el pasado puede ser alterado y modificado.

Claro está que *lo que ha pasado* ni Dios mismo lo puede cambiar, es *irrevocable*. Lo que ha acontecido, lo que ha sido tocado o rozado se escapa por la tangente hacia los espacios siderales, no hay vuelta de hoja. Esta trágica voz de lo acaecido se condensa en la fórmula de Quevedo “el tiempo ni vuelve ni tropieza”. Ahora bien, la vida, siempre futuriza, está abierta a la mutación. Por eso es reversible, se puede revertir. La vida da

* Profesor titular de Matemática Aplicada de la Universidad Politécnica de Barcelona

muchas vueltas, y un hecho en este Valle de Lágrimas puede hacer que algo rebose o vuelque y se derrame de sus límites. En la teología católica las secuelas de un mal —que puede ser, esto es capital, ‘pasado, presente y futuro’— pueden redimirse, y la persona ser rescatada *más allá de su cuerpo*, más allá de lo que es naturaleza. El arrepentimiento verdadero por la *mala voluntad* tenida abre el horizonte: “Un punto de contrición da un mundo de salvación” es un lema que se recoge en la literatura española del siglo XVII. Es un misterio salvífico. ¿Pero qué pasa con lo que está torcido desde el principio y carente de voluntad, *buena o mala*? Otro misterio.

El sentido de las palabras de Antonio Machado de que ni el pasado ni el futuro están escritos no es otro que la confianza de que *se puede actuar* sobre ellos y rectificarlos. El daño, que es irrevocable y a menudo *irreparable*, puede seguir dando, cual reloj, sus horas *perdidas* y prolongar su maleficio, pero también, según ese hallazgo teológico, encontrar en el dolor sublimado una vía reparadora de perfección que nos deje respirar a conciencia. Para dejar hueco vital a tal actitud no habría que cansarse de *educar* con el objetivo de aceptar la realidad y reconocer los propios prejuicios; saber sentir dolor y empatía; y saber dudar, por consiguiente, con vigoroso y templado sentido crítico. Podríamos preguntarnos por el papel que tendría aquí, en esta adecuación vital y cósmica, el sabio temor de Dios. (Urgida a encontrar el *sitio de su alma*, la poetisa peruana Blanca Varela escribió este supuesto: “Si esta línea viajara al infinito y se dilatara hasta convertirse en puro aire”.)

Hay cosas que no se sostienen de pie, y enrocarse con ellas nos deja enfermos. Apasionarse con lo incierto puede resultar contagioso, e inevitablemente arrastra consigo la solicitud de un apoyo ‘objetivo’, cuantitativo y falso por lo general, una sensación de fuerza. Todo lo que vale de veras, busca perdurar y va *más allá* del número y de

las apariencias, se sale de unas cuentas y las rebasa. Es cierto que las cifras cantan a veces, pues pueden ser datos objetivos y elocuentes, sin réplica posible. Pero siempre en su ámbito idóneo, es decir, sin que se extrapole en falso, dejando escapar la esencia y haciendo trampa o suplantación. El texto requiere del contexto. La materia inflamable del número es ofrecer una coraza deslumbrante con la que negar *lo que se quiera negar*, con la que afirmar *lo que se quiera afirmar*, esto es, con la que manipular, perder sensibilidad y ganar poder deshumanizador.

El poder del deportista consiste en la exhibición pública y ganar a toda costa, es batir records, es superar tiempos y quedar en el recuerdo o en los anales. Algo que agota por el esfuerzo empleado, una tarea a menudo vana. Nuestras sociedades tienden a registrarlo todo, todo menos lo que importa en cuanto personas. Hay componentes de la vida que no admiten números, puesto que la sofocan. ¿De verdad puede cuantificarse la felicidad, la pena, el gozo, la intensidad de un afecto, la abnegación de una persona o incluso su inteligencia real y efectiva? Pero, de pronto, nos corre prisa la rapidez, un modo de escapar de los *estrechos* caminos de la angustia y la vaciedad. Se tantean los límites del cuerpo humano, no importan los sacrificios que ello comporte, acaso el coste de una auténtica hecatombe individual. Con las prisas topamos con la lamentable ausencia de tacto. El tacto como habilidad para tratar personas y conducir situaciones con delicadeza, pero también la ‘madre de los sentidos’, un ingrediente básico del afecto. Hay arte al convertir la acción de tocar en un hacer adecuado en un momento preciso y producir, de este modo, un entorno acogedor y receptivo. Sucede que la alegre y amable simplicidad no es muy valorada, la personalidad firme, tranquila, templada en la cortesía y la humildad *no sirve* para obtener un mecanismo diseñado para el triunfo. En la competición sólo pervive quien vence.

El horizonte del atleta es abrir la puerta de la gloria para rozarla. Un singular despliegue de energías y renunciaciones en pos de inciertas plusmarcas. Estamos ante un extraño holocausto, lo que los hebreos denominaban un sacrificio religioso en que la víctima se quemaba entera (*holocausto* procede del compuesto griego 'holo' —todo, total, entero— y 'kaio', quemar); o en otras palabras, la entrega de uno mismo para lograr un ideal.

El actual 'recordman' (un hombre hecho record...) de los 100 metros lisos es el norteamericano Tim Montgomery. Recojamos dos respuestas del campeón a sendas preguntas típicas que se le formuló hace un tiempo. La primera: —¿Qué es lo que le ha dado este empuje?— “Dios, mi familia y yo mismo. Con estas tres cosas, puedo conseguir, y conseguiré, todas mis metas”. (Nótese, en este caso, el grado absoluto de su fe y de su humildad.) La segunda pregunta era: —¿Qué significa ser poseedor de un récord?— “Es imposible describirlo. Saber que se ostenta uno de los títulos más codiciados en el mundo del deporte *permite literalmente tocar el cielo*. Es la confirmación de que si se trabaja mucho, se es persistente y se cree en lo que se hace se podrá superar cualquier obstáculo” (frase esta última rociada de voluntarismo e ignorancia de los límites naturales). Déjenme decirles que el mítico Jesse Owens batió en 1936 la marca de los 100 metros lisos: 10,2 segundos. Veinte años más tarde Williams logró bajarla en una décima. En 1960 el alemán Hary redujo la marca en otra décima. El siguiente descenso de esa gota, la décima parte de un segundo, no llegó hasta 1991 con Burrell (un récord cronológicamente situado entre otros dos del célebre Carl Lewis). Hoy día, y desde el 14 de septiembre de 2002 (otra de las fechas para *recordar*), Montgomery tiene la mejor marca de la historia con 9,78 segundos. ¿Hasta cuándo? Este es un modo de vivir esforzado que además distrae mucho a la gente, y llena el tiempo vaciado de los espectadores. Un espejo de emociones y pasiones.

Siempre sin salirnos del sacrificado deporte del atletismo, podemos encontrarnos con la *constancia* del maratón más rápido “a tres piernas” (1998), o los 10 kilómetros en carretera más rápidos “con un disfraz para dos personas” (en 2001 y vestidos de camello) o bien el maratón hecho por un mayor número de hermanos (fue en 1984 con ocho hermanos irlandeses que concluyeron la misma carrera, no necesariamente juntos). Puras excentricidades, simpáticas como desahogos. Y para concluir con estos asombrosos resultados, y todo lo que suponen, demos dos nuevos datos sobre maratón 'senior'. La inglesa Jenny Wood-Allen es la mujer de mayor edad que ha terminado esa prueba (fue el 14 de abril de 2002, tardó 11 horas y 34 minutos, tenía '90 años y 145 días'). En tanto que el griego Dimitrion Yordanidis es el más viejo de los que ha hecho esa carrera, al menos de los que queda registro, fue en Atenas, el 10 de octubre de 1976, tenía 98 años de edad (no veo impreso el número de días) y empleó 7 horas y 33 minutos.

La 'ideología del número' tiene su base en la simplificación, en el desmedido afán de poder y en la cosificación. Aceptar rodearse de manías tiene su coste personal, pero en un entorno *enfermo* puede tener su provisional *provecho* social. Podríamos preguntarnos por cómo se transfiere esta ideología y cómo se llega a entrar a su servicio. La corriente lleva el impulso del tiempo. No obstante, la inapelable presión ambiental requiere cuando menos un grado de transacción. Hay que pagar una cuota, hay siempre mil cosas con las que cabe transigir y que debemos saber conllevar. No hay otro remedio civilizado para evitar andar a la greña: flotar en un mar de confusiones (con inteligente comprensión y empatía) y no hundirse (en la ambición de los *adaptados* o en el miedo de los pusilánimes).

Mirando hacia atrás, sin ira y con almanaques, podemos divisar a quien gobernaba Bagdad a finales del siglo XI. El sultán Malik Sha convocó al persa

Omar Khayyam (nacido en Nishapur, ciudad iraní sita en la ruta de la seda, era la época del Mío Cid) para la reforma del calendario. Se abandonó entonces el año solar (que los propios persas nos habían transmitido) por el año lunar musulmán (donde se cumple un mes al acabar las cuatro fases de la Luna). Khayyam era no sólo algebrista y astrónomo, sino un poeta y pensador heterodoxo. Su obra poética ha tenido de un modo inesperado cierta repercusión, al cabo de los siglos. El británico Edward Fitz Gerald (nacido en 1809 como Darwin) tradujo en 1859 (año de la publicación de *El origen de las especies*) unas composiciones poéticas con las que se compenetró: los *Rubáiyát* (plural del persa 'robái', estrofa de cuatro versos). Rubén Darío llegaría a escribir, entusiasmado, un prólogo a la versión española. Y en 1969 Jorge Luis Borges redactó incluso un poema con el mismo título y técnica. Veamos dos muestras de Khayyam:

“Antes de que tu nombre en el mundo se
 [borre
 bebe vino, que el vino alegra el corazón,
 destrenza de una hermosa, hebra a
 hebra,
 [el cabello
 antes de que hebra a hebra se deshile tu
 [trama”.

Puede entenderse que ese canto al vino mereciera su ocultación. La otra estrofa obligaría también a otra simulación, a causa de la franca incertidumbre que transmite.

“Al período en el cual llegamos y
 [partimos
 ni se le ve el comienzo ni el fin se le
 [vislumbra
 y no hay nadie que pueda decirnos de
 [verdad
 de dónde procedemos ni a dónde
 [partiremos.”

Un tipo independiente y libre este medieval Khayyam.

Si nos trasladamos a *nuestros días*, podemos dar con el escritor libanés Amin

Maalouf, quien en su reciente libro *Orígenes* (donde rememora las vidas de varios de sus parientes del siglo XIX) dice pertenecer a “una tribu que, desde siempre, vive como nómada en un desierto del tamaño del mundo”. Desde esta disposición, declara ser hijo de todos y cada uno de sus antepasados y que, a cambio, su destino es ser su tardío progenitor. Los árboles, afirma, necesitan tener raíces, pero no así los hombres (Julián Marías en más de una ocasión ha recordado con fina ironía que las personas no tenemos raíces sino extremidades).

También hace poco, una periodista francesa y hebrea, Pascale Noa Bercovitch, ha escrito que cuando está en el desierto, encuentra *su lugar como ser humano*, “ya que el desierto está formado solo por lo infinitamente pequeño”. Pienso entonces en el proverbio chino que dice que: “Todo el universo y el reino de Buda caben en un solo gramo de arena; en la mente y el cuerpo se contiene todo el cosmos”. Ahora bien, Pascale Noa apunta que el desierto, símbolo de la soledad, tiene en hebreo una raíz, ‘midbar’, que significa ‘palabra’. El desierto sería pues para los hebreos un lugar en el que se habla. (En español, la raíz del desierto es latina, ‘desérere’, y significa ‘abandonar’.) El desierto del Sinaí sería palabra, humana y divina, y el eco que la lleva de montaña en montaña es un vínculo entre los hombres. Con ese enlace, la palabra se hace concreta y cobra vida.

Llegamos pues a la soledad de la palabra, a la vida callada del vínculo real, el emplazamiento que resiste cualquier número. Cada grano de arena es una concentración de realidad, una zona de plenitud particularmente intensa, lo que los matemáticos denominan un ‘punto de acumulación’, un punto límite, sin más etiqueta o baremo.

Redondeemos desde Europa las piedras de los caminos de la imaginativa sensatez. Tomemos cinco aforismos de Leonardo da Vinci, nacido en 1452, un

año antes de que los turcos tomaran Constantinopla (la que fue Bizancio, la que sería Estambul). “Pide consejo a quien sepa corregirse a él mismo”; “no hemos de desear lo imposible”; “que no me lea quien no sea matemático, pues yo lo soy siempre en mis principios”; “los ambiciosos que no están contentos con el provecho de la vida y la belleza del mundo, tienen por castigo no comprender la vida y quedar insensibles a la utilidad y belleza del universo”; “¿Qué cosa dejaría de existir si se la pudiera definir? El infinito, pues sería finito si pudiera ser definido. Porque definir es limitar la cosa definida con otra que la circunscribe en sus extremos, de modo que lo que no tiene términos no puede ser definido”. Pero siempre quedará espacio para lo problemático. Hay cosas que no se pueden decir consecutivamente, según un orden. Por ejemplo, veamos este diálogo. Platón afirma: “La próxima frase de Sócrates será falsa”. Y Sócrates replica: “Platón ha dicho la verdad”.